DESDE

“LA ETICA DEL PSICOANALISIS”

Jacques Lacan, 1959/60

A

“EL MALESTAR EN LA CULTURA”

Sigmund Freud, 1929

Participa:

Marga Tandeciarz

Desde

LA ETICA DEL PSICOANALISIS

A

EL MALESTAR EN LA CULTURA: EL AMOR AL PROJIMO

EL MALESTAR EN LA CULTURA: EL AMOR AL PROJIMO

Uno no puede apartar de sí la impresión de que los seres humanos suelen aplicar falsos raseros: poder éxito y riqueza es lo que pretenden para sí y lo que admiran en otros menospreciando los verdaderos valores de la vida… Hay hombres a quienes no les es denegada la veneración de sus contemporáneos, a pesar de que la grandeza descansa en cualidades y logros totalmente ajenos a las metas e ideales de la multitud. Solo una minoría reconoce a esos grandes hombres, en tanto la gran mayoría no quiere saber nada de ellos. Pero no se puede salir del paso tan fácilmente, es que están de por medio los desacuerdos entre el pensar y el obrar, así como el acuerdo de sus mociones de deseo.

Sigmund Freud

Con estas palabras comienza Freud su trabajo **"El Malestar en la cultura",** texto del año 1930. El tema principal del libro es el antagonismo entre las exigencias pulsionales y las restricciones impuestas por la cultura. Un tramo extenso está dedicado a elucidar la naturaleza del sentimiento de culpa y la pulsión agresiva o de destrucción derivada de la hipótesis de la pulsión de muerte.

¿Qué es lo que los seres humanos dejan discernir como fin y propósito de su vida? ¿Qué es lo que quieren alcanzar? Quieren conseguir la felicidad y mantenerla. El propósito que el hombre sea dichoso no está contenido en el plan de la "Creación". Desde tres lados amenaza el sufrimiento. Desde el cuerpo propio, que destinado a la ruina y a la disolución, no pueden prescindir del dolor y la angustia como señales de alarma; desde el mundo exterior, que pueden abatir sus furias sobre nosotros con fuerzas hiperpotentes, por fin desde los vínculos con otros seres humanos. Al padecer que viene de esta fuente lo sentimos, tal vez, más doloroso que a cualquier otro.

La cultura sirve a dos fines: La protección frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos entre los hombres. Entre los requisitos impuestos por la cultura encontramos la belleza, la limpieza y el orden, pero el rasgo que la distingue mejor, es el cuidado dispensado a las tareas intelectuales, científicas y artísticas.

En la cúspide se sitúan los sistemas religiosos y los ideales. La cultura pretende ligar entre sí a los miembros de una comunidad y promueve los caminos para lograr fuertes identificaciones entre ellos, movilizan en la máxima proporción una libido de meta inhibida a fin de fortalecer los vínculos de amistad. Para cumplir este propósito es inevitable limitar la vida sexual. Freud nos dice que se trata de un factor perturbador que no ha sido aun descubierto.

Uno de los reclamos Ideales que puede ponernos sobre la pista, es el ideal religioso que dice "**Amarás a tu prójimo como a ti mismo".**

¿Por qué debo hacerlo? ¿De qué me valdría, si responder a este reclamo me impone deberes que debo cumplir con sacrificios? Lo merece, si aquel a quien debo amar se me parece tanto que puedo amarme a mí mismo en él, o si sus perfecciones son mayores que las mías puedo amarlo como mi ideal, o si es el hijo de mi amigo. Pero si es un extraño me será difícil, ese extraño, es indigno de mi amor, se hace más acreedor a mi hostilidad y aún a mi odio, pues, puede perjudicarme, burlarse, ultrajarme, calumniarme, exhibirme su poder.

Si se comporta de otro modo me demuestra consideración y respeto puedo retribuirle con la misma moneda. Sería “Ama a tu prójimo como tu prójimo te ama a ti”.

Pero el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión , explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo:

Estos son los fantasmas que J. Lacan nos propone en el Seminario:

LA ETICA DEL PSICOANALISIS

Voy a abordar este Seminario para ubicar el aporte de Jacques Lacan al texto freudiano en relación a las paradojas del goce:

El Amor al Prójimo

Luego de ubicar la cuestión concerniente a la muerte de Dios como límite al goce, Lacan nos dirá, que el lugar del Padre nos

conducirá al centro de nuestra verdadera experiencia: el mandamiento que se articula en nuestra civilización como: “el amor al prójimo”.

Freud se enfrenta plenamente con este mandamiento en “El malestar en la cultura”, para que ese texto no se evapore Lacan intentará reavivar el sentido de ese trabajo que lo conducirá a cosas un poco fuertes y sólo es Freud quien le inspira un tono atemperado.

Dios está muerto y muerto desde siempre, justamente por esto, un mensaje pudo ser transportado a través de todas las creencias que lo hacían aparecer siempre vivo, resucitado del vacío dejado por su muerte. Este mensaje es el de un solo Dios, a la vez amo del mundo y dispensador de la luz. Sus atributos son los de un pensamiento que regla el orden de lo real. Lacan intenta articular el pensamiento y la experiencia de Freud para darle su peso y su consecuencia de la siguiente forma: si ese Dios - síntoma, si ese Dios - Totem en tanto que tabú, es un mito, lo es en la medida en que fue el vehículo del Dios de verdad. La verdad encontró su vía por aquel que la Escritura llamó: el Verbo, pero también el Hijo del Hombre, confesando así la naturaleza humana del Padre.

Freud no descuida el Nombre-del-Padre, diciendo que la función del padre es una sublimación esencial a la apertura de una espiritualidad que representa una novedad, un paso en la aprehensión de la realidad. Nombre del padre que en la estructura del Sujeto regula el goce.

El goce es un mal, porque entraña el mal del prójimo. Es lo que Freud llama, el más allá del principio del placer, que se balancea entre un "no" y un "quizá". De aquello de lo que se trata en El malestar en la cultura, es de repensar un poco seriamente en el problema del mal, que sufre una modificación por la ausencia de Dios. Es el problema eludido por los moralistas que creen persuadirnos que el placer es un bien.

Está claro que la primera formulación del principio del placer como principio de displacer es que entraña un más allá, que está para mantenernos un poco más acá de él. Su uso del bien se resume en que, en suma, nos mantiene alejados de nuestro goce. Nada es más evidente en nuestra experiencia clínica. ¿Quién es aquel que en nombre del placer, no flaquea a partir del primer paso un poco serio hacia su goce? ¿No es lo que palpamos todos los días?

Ante el amor al prójimo Freud se detiene horrorizado. La consecuencia de este mandamiento, es la presencia de esa maldad

fundamental que habita en ese prójimo: pero, por lo tanto, habita también en mí mismo.

¿Qué me es más próximo que ese prójimo, que ese núcleo de mí mismo, que es el del goce, al que no oso aproximarme? Pues una vez que me aproximo a él, este es el sentido de -El malestar en la cultura- surge esa insondable agresividad ante la que retrocedo, que vuelvo en contra mío y que viene a dar su peso, en el lugar mismo de la Ley desvanecida. Es lo que me impide franquear cierta frontera en el límite de la Cosa.

Mientras se trata del bien no hay problema, la naturaleza del bien es ser altruista, pero este no es el amor al prójimo. Saber que significa la respuesta del amor, no la de la beneficencia, es algo muy diferente.

La paradoja del amor al prójimo:

El ideal altruista o el discurso del utilitarismo

Forma parte de la naturaleza de lo útil el ser utilizado. Es desde esta perspectiva que Lacan nos ofrece un ejemplo que nos posibilita interrogar la relación del Sujeto con el trabajo y la producción. El ejemplo es el siguiente: si puedo hacer algo en

menos tiempo y con menos esfuerzo que alguien que está cerca de mí, me veré llevado a hacerlo en su lugar, mediante lo cual me maldigo por lo que tengo que hacer por ese prójimo que está en mí. ¿Me maldigo por asegurarle a aquel a quien eso le costaría más tiempo y esfuerzo que a mí un confort que solo vale en la medida que me imagino que si yo contase con ese confort, es decir no tuviese demasiado trabajo, yo haría de ese ocio un mejor uso?, pero nada está probado, sólo sabría quizás aburrirme. Procurándole a los otros ese poder, quizás simplemente los extravío, imagino sus dificultades y sus dolores en el espejo de los míos.

Esta trampa de la paradoja del amor al prójimo se nos presenta en relación al discurso llamado del utilitarismo. Mi egoísmo se satisface muy bien con cierto altruismo y es el pretexto mediante el cual evito abordar el problema del mal que yo deseo y desea mi prójimo. De este modo dispenso mi vida cotizando mi tiempo en pesos, dólar u otra moneda, del tiempo de mi prójimo donde mantengo igualmente a todos esos prójimos a nivel del poco de realidad de mi existencia. En estas condiciones todo el mundo está enfermo y es por eso que hay malestar en la cultura.

Es un hecho de experiencia: lo que quiero es el bien de los otros a imagen del mío, pero ese bien se degrada tan rápido como llega, a condición de que dependa de mi esfuerzo. Queriendo la

felicidad de mi cónyuge, sacrifico sin duda la mía, pero ¿Quién me dice que la suya no se evapore totalmente también? Quizás aquí el sentido del amor al prójimo pueda volver a darme el verdadero rumbo. Para ello habría que saber enfrentar el hecho de que el goce de mi prójimo, su goce nocivo, su goce maligno, es lo que se propone como el verdadero problema para mi amor.

La paradoja del goce y su relación con la Ley,
en tanto fundada en el Otro.

Debemos a Freud el mito de la muerte de Dios. Esta es la problemática de la cual partimos y que se desarrolla bajo la fórmula $S(\cancel{A})$ (el significante del Otro barrado), respuesta última a la garantía demandada al Otro, del sentido de esa Ley articulada en lo más profundo del inconsciente. Si no hay más que falla, el Otro desfallece y el significante es el de su muerte. En función de esta posición, suspendida ella misma a la paradoja de la Ley, se propone la paradoja del goce.

Sólo el cristianismo da su pleno contenido, representado por el drama de la Pasión, a esa verdad que llamamos muerte de Dios. El cristianismo nos propone un drama que encarna literalmente esa muerte de Dios, vuelve a esa muerte solidaria de lo sucedido

concerniente a la Ley, sin destruir esa Ley sino, sustituyéndose a ella. Primer ejemplo histórico donde adquiere su peso el término alemán: “Aufhebung”, conservación de lo que se destruye, con cambio de plano. El único mandamiento es desde entonces.

“Tu amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Los dos términos: Muerte de Dios y amor al prójimo son históricamente solidarios.

Freud se detiene y retrocede con un horror motivado frente a este mandamiento que le parece inhumano. Ese horror de Freud está vinculado con esa maldad que es el núcleo más profundo del hombre. Se trata de la rebelión del hombre en tanto aspira a la felicidad. La resistencia ante el mandamiento “Tu amarás al prójimo como a ti mismo”, y la resistencia que se ejerce para trabar su acceso al goce son una sola y única cosa.

¿Qué constatamos? La agresividad inconsciente que contiene el núcleo temible de ese destrudo, que enfrentamos constantemente en nuestra experiencia psicoanalítica. Freud enseñó que la energía del Superyó proviene del hecho de que el Sujeto vuelve contra sí mismo su agresividad.

Aprendimos desde hace mucho a conocer en nuestra experiencia el goce de la trasgresión. ¿En qué consiste? ¿Hacia qué meta progresa el goce? Encontramos en el análisis una respuesta: es

la identificación con el otro la que surge en el extremo de nuestras tentaciones, se trata de percatarse de sus consecuencias.

¿Frente a qué retrocedemos? Frente atentar contra la imagen del otro sobre la cual nos hemos formados como yo.

Aquí residen los ideales: el altruismo, la ley de igualdad, la potencia de expansión que se expresa en la propensión utilitarista, la filantropía que plantea la cuestión de la compasión. ¿Hasta qué punto son manifiestas las contradicciones individuales, íntimas y sociales de la idealización que se expresan en la dirección de la imagen del otro?

El libro sagrado articula la interdicción de forjar el Dios de las imágenes porque ellas son engañosas. Si son bellas son siempre huecas. Por el hueco que la imagen deja vacío, por eso que no se ve en la imagen, por el más allá de la captura de la imagen, está el vacio por descubrir de Dios. Es la plenitud del hombre, pero es también ahí donde Dios lo deja en el vacío. El poder mismo de Dios es avanzar en ese vacío.

Sade y la estructura de la perversión

Sade está sobre ese límite. Nos enseña en tanto imagina franquearlo. En tanto que lo imagina, en el fantasma, demuestra la estructura imaginaria del límite. Pero también lo franquea, no, en el fantasma sino en la teoría. En la doctrina, son, según los momentos de su obra: el goce de la destrucción, la virtud propia del crimen, el mal buscado por el mal y, en último término, en la "Historia de Julieta" su creencia, renovada en ese **Dios, el Ser supremo-en-maldad.**

Esta teoría se llama, en la misma obra: el Sistema del papa Pio VI, Papa que introduce como uno de los personajes de la novela. Nos despliega una visión de la Naturaleza como un vasto sistema de atracción y de repulsión del mal por el mal La actitud ética consiste en realizar esta asimilación con un mal absoluto, gracias al cual su integración a una naturaleza fundamentalmente malvada se realizará en una suerte de armonía invertida.

¿No puede decirse que, Sade nos enseña, en la medida que estamos en el orden del juego simbólico, una tentativa de franquear el límite y de descubrir las leyes del espacio del prójimo como tal? Se trata del espacio que se despliega en la medida que enfrentamos, no al semejante, sino ese prójimo en tanto es, lo más

cercano que tenemos a veces, aunque más no sea para el acto de amor. Sabemos muy bien como las imágenes del yo pueden contrariar nuestra propulsión en ese espacio ¿No tenemos algo que aprender acerca de las leyes de ese espacio, en la medida que en él nos engaña la captura imaginaria por la imagen del semejante, de aquel que avanza en él en un discurso más que atroz?

Lacan señala aquí los señuelos del semejante, en la medida que de ese semejante como tal nacen los señuelos que me definen como yo. La etimología del término "mismo", no es otra que "metipsemus", que hace de ese mismo en mí mismo una suerte de redundancia, lo más yo mismo de mí mismo, lo que está en el núcleo de mí mismo, y más allá de mí. Ese interior, ese vacío, que ya no sé si es mío o de alguien, esto es lo que sirve para designar la noción de "lo mismo"

El prójimo tiene toda esa maldad de la que habla Freud, pero ella no es otra cosa, sino aquella ante la que retrocedo en mí mismo. Amarlo, amarlo como a mí mismo, es, a la vez, avanzar necesariamente en alguna crueldad ¿La suya o la mía?, pero nada dice que sean diferentes. Parece más bien, que son la misma, a condición de que los límites que me hacen plantearme ante el otro como mi semejante sean franqueados.

Aquello de lo que se trata es de la actitud de Sade, en la medida que nos indica el acceso al espacio del prójimo, en aquello que Lacan llama, “la idea de una técnica orientada hacia el goce sexual en tanto que no sublimado”. Sade fue extremadamente conciente de la relación de su obra con la posición del “hombre del placer”, el que testimonia contra sí mismo, confesando públicamente los extremos a los que arriba.

Las fascinaciones de lo imaginario permiten pensar, que “sin saber que hacen”, los hombres de todas las épocas son capaces en ciertas posiciones de franquear esos límites.

Cuando se avanza en dirección a ese vacío central, en tanto que, el acceso al goce se nos presenta de esta forma, el cuerpo del prójimo se fragmenta: Haciendo la doctrina de la ley del goce, como pudiendo fundar un sistema de sociedad idealmente utópica, Sade, se expresa de este modo: “présteme la parte de su cuerpo que pueda satisfacerme un instante, y goce, si eso le place, de la del mío que pueda serle agradable”. Podemos ver en el enunciado de esta ley fundamental, la primera manifestación articulada del objeto parcial. Este objeto sólo pide volver a entrar en el objeto valorizado, el objeto de nuestro amor y de nuestra ternura, el objeto del pretendido estadio genital. El objeto total, el prójimo, viene a perfilarse en él, separado de nosotros, elevándose.

El segundo término que Sade nos enseña, es lo que aparece en el fantasma, como el carácter indestructible del Otro. Surge en la figura de la víctima, la que sobrevive a todos los malos tratos, ni siquiera se degrada en su carácter de atractivo voluptuoso. Ella tiene siempre los ojos más lindos del mundo, el aire más patético y conmovedor. Todo lo que le sucede al Sujeto es incapaz de alterar la imagen en juego. En él vemos perfilarse la idea de un suplicio eterno.

¿No quiere decir esto que pone en el fantasma el contenido de ese, más próximo a él mismo, que llamamos el prójimo?

Freud nos decía en El malestar en la cultura que no hay común medida entre la satisfacción que da un goce en su estado primero y la que brinda en las formas desviadas, incluso sublimadas, en las que lo compromete la civilización.